

¿Qué tenemos en la lengua?

Reflexiones para los que vivimos eⁿ_l español

Ensayo + Sadio con su reflexión sobre el ensayo.

Presentado para participar en el Premio de Ensayo "Isabel Polanco" 2010
bajo el seudónimo Buenaventura Almafuerde

(Identidad y demás datos incluidos en sobre cerrado adjunto)

Una reflexión y una dedicatoria

I

Poco tiempo después de concluidas estas páginas, el 19 de junio de 2010 (al día siguiente de la partida de José Saramago) fallecen, en Ciudad de México y en Caracas, respectivamente, Carlos Monsiváis y Darío Lancini. Hacedores de la palabra, pensadores del mundo en distintos sentidos y en una lengua común, dejan un legado que estará siempre vivo y rebelde, como ellos. Seguirlos leyendo nos mantendrá en la hermosa paradoja de extrañarlos y tenerlos muy cerca. Ojalá estas páginas, que los incluyen y recuerdan, puedan ser una manera de darles las gracias.

II

A Tomasita, por una deuda que nunca podré terminar de pagar. Este libro es parte de ella.

¿Qué tenemos en la lengua?

Reflexiones para los que vivimos e $\frac{n}{l}$ español

ÍNDICE

<i>Brevísima nota sobre el (y este) ensayo</i>	<i>p. 4</i>
<i>Nuestra lengua, lengua virtual: una primera reflexión</i>	<i>p. 8</i>
<i>Pensar en la lengua</i>	<i>p. 17</i>
<i>Leer y escribir: amores y odios</i>	<i>p. 34</i>
<i>Confusiones, ortografía, etimología, economía ...</i>	<i>p. 51</i>
<i>La lengua ecológica: pobrezas, riquezas, poder y potencial.</i>	<i>p. 69</i>
<i>Aprender y enseñar: ¿letra con sangre?</i>	<i>p. 90</i>
<i>Crear y crear en la lengua</i>	<i>p. 113</i>
<i>La lengua, la literatura, ¿espejos de quién?</i>	<i>p. 134</i>
<i>Lengua, literatura ... ¿a dónde van?</i>	<i>p. 152</i>
<i>Lengua museo, lengua patrimonio</i>	<i>p. 173</i>
<i>¿Qué tenemos en la lengua? (a modo de conclusión)</i>	<i>p. 194</i>
<i>Recuento bibliográfico</i>	<i>p. 201</i>

Brevísima nota sobre el (y este) ensayo

¿Qué es un ensayo en esta era de velocidad, de distancias que se acortan, de una vertiginosidad tecnológica que fascina y agobia? En algún momento creímos que la tecnología venía al mundo a ofrecernos calidad de vida y mayores posibilidades de tiempo libre, tiempo que quizás podríamos dedicar a pensar, a *ensayar* ... Si se revisa al azar algún conjunto de reflexiones sobre el ensayo como género, no será difícil encontrarse con intentos de definición y, en general, con des-definiciones: no es vulgarización científica, no es un compendio de erudición academicista... Es y no es teoría, es uso del idioma nacional o estándar en oposición al vocabulario técnico (y si éste interviene debe ser acercado al lector con toda la amenidad del caso) ... Hoy vivimos tiempos de cruces, de hibridaciones, y quizás el ensayo viene a cuento porque siempre hubo en él un germen mestizo, una policromía discursiva, un poco del allá y el acá del pensamiento que danza, como sucede en el interior de nuestras mentes, con el conocimiento y con el sentir, moviéndose del uno al otro y haciéndolos ser uno, como terminan por serlo en ellas. También son tiempos de autorreferencia, en los que ciencias y artes comienzan a entenderse como procesos y no como productos, a reconocerse como representaciones de su propio funcionamiento. Tiempos propicios para el ensayo como *actitud*, como acercamiento a las sinuosidades del pensamiento, como exposición de una sinceridad intelectual que aborda, pregunta, insinúa, duda y, sobre todo, vuelve sobre sí misma para interrogarse, para asomarse a sus propuestas y negaciones, revertirlas, desnudarlas, acompañarlas como cómplice, como funámbulo entre la ingenuidad y el ingenio, y también como abogado del diablo.

Hacemos énfasis en la sustancia de la *actitud* del ensayo precisamente porque hoy en día la mirada ensayística no es la misma que en tiempos de Montaigne –aunque el espíritu de esa mirada persista, precisamente, en una *actitud* y en un *tono*–, y ni siquiera la misma que hace unas pocas décadas. El quehacer intelectual, para bien o para mal, se ha ido concentrando en buena medida en entornos académicos que modelan un lenguaje, y que determinan ciertas orientaciones, escrituras y formatos. Y en las humanidades y en las ciencias sociales, es posible que esto haya despertado un diálogo muy vivo entre la huella reflexiva del ensayo y las exigencias de rigores y métodos propios de cada disciplina, máxime en momentos en los que las políticas universitarias y el auge de la investigación tienden a homogeneizar las exigencias de lo que hoy se considera “productividad académica” en las distintas áreas del conocimiento, y muchas de estas áreas forcejean por legitimar un juego inter y transdisciplinario que propone otros rigores y que redescubre *el rigor de la flexibilidad*: retomando inevitablemente a Alfonso Reyes, el ensayo seguirá recordándonos que, junto con el cerebro y las bibliotecas, o gracias a ellos, mientras exista lo humano siempre existirá la pasión de pensar.

Lo anteriormente expuesto, entonces, no quiere decir que el “peso académico” necesariamente contamine los caminos del ensayo: bien entendido, seguramente los actualiza y enriquece, los sintoniza con los tiempos. La erudición ensayística, esa que no se dejaba ver en alardes de “inventarios de biblioteca” pero que hacía constar su presencia en la alusión, en el conocimiento patente y en su uso reflexivo, hoy quizás debe reconocer humildemente su herencia intertextual: en el intercambio global, el entramado información/interpretación/ conocimiento es ineludible, y el espacio del escribir académico, en la conformación y regulación de su quehacer (eso que podríamos llamar sus aspectos *deontológicos*) nos ubica en un mundo de lecturas, reescrituras y voces que deben ser identificadas y reconocidas. Por esto debemos esta breve reflexión/aclaratoria a los

lectores: es claro que este modesto volumen no intenta ser un compendio académico sino un proceso en el que el pensamiento discurre, se muestra y se comparte en sus dudas, en sus paseos, en sus búsquedas, en sus preguntas. Sin embargo, el discurrir actual, en tiempos de redes y horizontalidades, no concentra, no puede concentrar datos y saberes necesarios en una suerte de monología. De allí que, en algunos momentos del texto, en algunos capítulos más y en otros menos, reconocemos la presencia de voces y textos de quienes en distintos tiempos y espacios han puesto en palabras propuestas y aportes que han motivado y guiado este deambular alrededor de la lengua, y que, además, han escrito y dado forma a sus hallazgos mejor de lo que lo haríamos nosotros. Ésta es la razón de la presencia de algunas inserciones teóricas, críticas, ilustrativas o reflexivas a lo largo de los capítulos que siguen, presencia en la que compartimos con los lectores atisbos de algunas lecturas que podrían despertar su curiosidad. Digamos, si es cierto aquello de que “un libro es un buen amigo”, que estas citas y alusiones (y su correspondiente detalle en el recuento bibliográfico final) constituyen una manera de hacerles estrechar la mano de varios que nos animaron a pensar, a discutir, a interrogar, como lectores que también somos. Una manera de descubrir que seguramente tenemos amigos comunes, y de invitarlos (e invitarlas) a conocer algunos nuevos.

Hecha esta suerte de digresión aclaratoria, diremos que este conjunto de reflexiones intenta, simplemente, convocar al hablante que desenvuelve sus días en las vicisitudes de la lengua española; al que nació rodeado por ella; al que quizás vio la luz en otro ámbito lingüístico pero hoy vive y se mueve en español; al que se forma y estudia en nuestra lengua y *la estudia*, ya sea con pasión y curiosidad o con desgano y aburrimiento; al que se pregunta por ella, por sus misterios, por sus contradicciones, por el trato que le damos; al que lee los diarios, los mensajes instantáneos de sus amigos o recorre los intrincados caminos de las publicaciones académicas; al que la enseña

en la pasión de compartirla y amarla, y, como en el soneto de Lope, se desmaya, se atreve, se enfurece y sigue, alentado, mortal, difunto y vivo, no sin preguntarse en ocasiones si la tarea vale la pena. Las páginas que siguen, entre inquietudes, preocupaciones, dudas, ideas, ejemplos y anécdotas, dejan constancia de unas cuantas tensiones de los ires y venires de la lengua en los tiempos que corren, y, sobre todo, ven en estas idas y vueltas al *ser humano* que la habla -y la escucha-, que la escribe -y la lee-, al que la escribía y hablaba en otros tiempos y al que indefectiblemente la hablará y escribirá el día de mañana.

***¿Qué tenemos en la lengua?
(a modo de conclusión)***

Pero a los bárbaros se les caían de las botas, de las barbas, de los yelmos, de las herraduras, como piedrecitas, las palabras luminosas que se quedaron aquí resplandecientes ... el idioma. Salimos perdiendo... Salimos ganando ... Se llevaron el oro y nos dejaron el oro ... Se lo llevaron todo y nos dejaron todo ... Nos dejaron las palabras.

Pablo Neruda

Llegados a este punto de nuestras reflexiones, el espacio de lo patrimonial constituye un posible lugar para detenernos a mirar hacia atrás. En su recorrido, estas páginas no son otra cosa que una gran pregunta alrededor de uno de los grandes privilegios del ser humano, con énfasis en el privilegio de quienes vivimos en/el español. Pensar la lengua desde estos tiempos, en los que muchos se quejan de las deficiencias generalizadas y, sobre todo, de los problemas en los que se unen las nuevas tecnologías y el lenguaje de uso juvenil, nos obliga a mirar hacia distintos ámbitos de la historia, del habla, de la escritura, de los medios de comunicación ... Aunque a muchos les cueste creerlo, Rafael Lapesa refiere que “[l]os defensores del español en el siglo XVI suelen dolerse del poco cuidado que se concedía a la elaboración de los escritos” (1981:301). Hoy, escuchar a unos cuantos periodistas de distintos canales de televisión puede llegar a convertirse en un dolor de cabeza: no por los tropiezos espontáneos del habla –que son signo de dinamismo y vida, y de humildad e inteligencia en el hablante que tiene la rapidez para levantarse y rehacer su discurso–, sino por los

descuidos en la pronunciación de nombres propios (españoles y extranjeros), en la confusión léxica, en la concordancia y hasta en la lógica, e incluso en la lectura en voz alta, detalles todos que pueden ser corregidos, preparados, revisados, verificados¹³. Hay cosas que no han cambiado, y renegar de nuestro tiempo no nos conduce a ninguna parte: la conciencia de la lengua sólo es tal si podemos, con ella, emprender caminos que nos permitan compartirla en su *virtualidad*, en el sentido en el que hemos manejado este término a lo largo de este trabajo, en eso que hace de la red de palabras que nos une una tierra común que va más allá de las fronteras de naciones y estados. Y está en cada uno de los que la hablamos construirse en su propia adecuación y lograr la claridad y la eficiencia en su ejercicio de la lengua, como quien está consciente de la importancia que tiene lo que nos es querido: en otras palabras, como quien se asea, intenta mejorar su carácter, alimentar bien a sus hijos, fortalecer algún músculo o hacer mejor su trabajo.

Quizás sea cierto, como observa Leáñez Aristimuño en Venezuela, que la inteligibilidad de los textos periodísticos y de los producidos por estudiantes universitarios va en descenso, así como lamenta Abraham Santibáñez, en Chile, que el habla que hoy sirve para el intercambio familiar y amistoso femenino –que el autor ubica en los terrenos del

¹³ Más allá de los problemas que pueden presentarse a consecuencia de la inmediatez en la transmisión de la información, sorprenden las carencias en el lenguaje escrito de textos preparados para secciones especiales o documentales. Hemos podido escuchar afirmaciones como “El camello resiste mucho más tiempo sin beber agua que cualquier otro *ser humano*”, o “Creían que cubrirse con pieles de oso los *harían* invulnerables” (¿Ser *humano*? ¿Cubrirse los *harían*?). En cuanto a los nombres propios, es notable que las políticas de los medios audiovisuales no proporcionen al personal técnico formación adecuada para la generación de cuanto se escribe al pie de la pantalla, y es inquietante la poca curiosidad de aquellos periodistas que no buscan información fehaciente sobre la pronunciación de términos y nombres extranjeros, sobre todo cuando cuentan con cierto tiempo para la preparación de una entrevista o reportaje. Rosenblat, quien manifestaba ser partidario de respetar la pronunciación de los nombres foráneos, reconocía hace unas cuantas décadas que la velocidad de la internacionalización favorecía el encuentro constante con éstos: “El locutor debiera disponer de diccionarios de pronunciación de nombres extranjeros o debiera haber una oficina asesora a la cual consultar los casos dudosos”; “nuestro locutor, que por lo común sabe algo de inglés (cuando lo habla muy bien lo hace a veces peor), cree que puede pronunciar todos los nombres extranjeros a la inglesa. Y eso es mucho más grave que pronunciarlos a la española” (1978:98).

deslenguaje— era hace pocos años lenguaje de arrabal. Posiblemente sea cierto que los medios y la escuela tienen una función reguladora que cumplir al respecto, y aunque a veces parece que la lengua no tiene demasiados dolientes en este sentido, surgen iniciativas como la Fundación del Español Urgente y algunas otras a distintas escalas, cuyas propuestas y preocupaciones recorren el mundo valiéndose, entre otros medios, de Internet.

Podría pensarse que es paradójico que la red, a la que se culpa injustamente de muchos de los tropiezos y prisas en los distintos usos que hoy hacemos del habla, la lectura y la escritura, sea también el vehículo de la literatura, del DRAE, de las Academias correspondientes, del Instituto Cervantes, de los congresos de la lengua, de las ferias del libro y hogar de muchos otros espacios de reconocimiento del valor y los valores del español, sin contar la cantidad de sitios *web* en los que los propios hablantes comparten textos e ideas sobre la lengua y la literatura. A los treinta años del envío del primer mensaje de correo electrónico, Olmedo Ramos utiliza el lúdico y lógico término *red-acción* para aludir, por supuesto, no sólo a la vida de y en la *red*, sino también a las actividades de escritura que ella ha promovido. Hoy, y cada vez más, a cuarenta años del mensaje de Tomlinson, *red-actamos* y *red-actuamos*: en muchos sentidos, Internet nos ha devuelto la lectura y la escritura, y las nuevas tecnologías nos han renovado la mirada que dirigimos a las no tan nuevas. Una búsqueda en el servidor de videos YouTube a partir de la oración “leer está de moda” o “leerestademoda.com” nos ofrece entre los primeros resultados un video en el que se nos instruye en español acerca de las bondades tecnológicas del objeto “libro” (bajo su denominación en inglés – *book*), mediante una explicación exhaustiva de los detalles que lo convierten en una innovación sin los inconvenientes de muchos artefactos electrónicos: el *dispositivo de conocimiento bio-óptico organizado* (Bio-Optic-Organized-Knowledge, B.O.O.K.) no necesita cables ni baterías, el texto se procesa directamente a través del ojo humano, no necesita ser

reiniciado, sus hojas se mantienen unidas en orden y está elaborado con material reciclable ... Estas y otras virtudes hacen del libro un objeto que, ciertamente, no es nuevo, pero que podemos mirar con ojos renovados, a la luz de las ventajas que ofrece en el contexto de ciertos valores de nuestra época. Así como no puede decirse que una lengua sea más pobre o más rica que otra por las diferencias cuantitativas en el léxico que destina a unas o a otras áreas del mundo referencial (con lo cual la pobreza o la riqueza estarían circunscritas a sectores de la realidad cuya designación dicha lengua necesita o no), tampoco puede hablarse con propiedad de la superioridad de ciertos medios, formatos o soportes: cada cual irá revelando sus ventajas y desventajas en distintas situaciones y bajo distintos criterios. No es casual que los equipos que se comercializan como portadores de libros electrónicos (*e-books*) pretendan dar a su pantalla la opacidad y la presencia de las hojas de papel, y que funcionen con partículas de tinta distribuidas electrónicamente en el dispositivo.

es. Hace un par de años, para mencionar otro ejemplo, dos adolescentes miraban con asombro, en la oficina de su padre en un campus universitario, una máquina de escribir eléctrica que se encontraba en un rincón. Al intentar utilizarla, el asombro fue aún mayor, y lo explicaron en los siguientes términos: ¡era sorprendente que un teclado trasladara directamente la impresión al papel, sin la mediación de un computador! ¡Se trataba de un equipo extraordinario!

varie No se trata de simple "retroactividad tecnológica" vista de manera humorística, sino del redimensionamiento de los lugares y roles de nuestros hallazgos y tecnologías, que van reubicándose a medida que aparecen las innovaciones. Como sucede con las palabras, si vale la analogía, algunas desaparecen, otras se mantienen gracias a la historia de su impacto social y de sus particularidades funcionales, y otras simplemente imponen su legado quedándose en el lenguaje o retornando a él. No pocos autores han observado las inevitables

similitudes entre los procesos de lectura, escritura y comunicación en la red y sus hermanos del pasado y, sobre todo, los nombres que les hemos dado: el movimiento en pantalla a manera de un rollo de papiro o pergamino que va desenvolviéndose ante nuestros ojos (*scroll*), la idea de *navegar*, la denominación de *páginas*, entre otros aspectos, constituyen claros ejemplos de que Internet es una *lectura* de nuestra propia historia de medios y comunicaciones, un avance-recuento que va erigiéndose en síntesis y testigo de nuestro paso por el mundo. En lo que al español respecta, desde las *Glosas silenses* y *emilianenses*, la formación del romance ha ido dejando la huella de un trayecto en el que siempre ha habido dudas, desarraigos, retornos, e incluso voces de alerta ante la posibilidad de descensos en la autoestima lingüística: “Harto enemigo es de sí quien estima más la lengua del otro que la suya propia”, aclara Cristóbal de Villalón (citado en Lapesa, 1981:301), uno de nuestros gramáticos del siglo XVI.

Mucho de este asunto de la lengua es una cuestión de cariño, de estima, de reconocerla como hogar. Un hogar que, además, nos recibe en una buena extensión del planeta sin otros ajustes que los de una que otra pregunta sobre cómo se dice esto aquí o allá, preguntas que, poco a poco, la televisión internacionalizada va despejando anticipándose a los viajes, migraciones y encuentros personales de los hablantes.

Moviéndonos por el mundo, podemos escuchar una traviesa variedad, por ejemplo, de diminutivos hispanos: hay pueblos que miran lo pequeño como *-ico*, otros como *-ito*, otros como *-ín*, elección que es salpicada, además, con la relación que se establece entre el sufijo y el sonido que se encuentre al final de la raíz ... Por allí circula *-illo* (quizás hemos olvidado que *bolsillo*, por ejemplo es un diminutivo, ya ascendido y *crecido* a voz independiente) ... Algunos de estos sufijos tienen contenidos afectivos o despectivos, como *-ete*, *-uelo* o *-uco* ... La economía de nuestra lengua tiene previstas las posibilidades de la

idiosincrasia, de la preferencia, de la manera de mirar, y su versatilidad es un verdadero regalo: si el niño –o el *chiquitín*– no se comporta como un *pilluelo* en uno de nuestros países, recibirá una *galletita* en otro, y en otro una *pelotica* para jugar ... En su condición virtual como aquello que nos une en un mundo compartido, nos permite además una vastísima libertad de elección, un colorido que nos convierte en un mapa de posibilidades. Las etimologías españolas de García de Diego registran unas cien denominaciones para el *trompo* (*bailarín, aloca, baldufa, peonza, perinola, repiola* ...), y el DRAE nos muestra sesenta y cuatro sentidos del verbo *pasar*.

Leáñez apunta: “Somos indigentes sentados sobre el cofre del tesoro”. Grijelmo, que suele ser asimismo sumamente crítico con el modo en que se manipula esta inmensa herencia cultural hasta perder o anular parte de sus elementos, ve en el mundo de hoy, en particular en el mundo de Internet, una nueva posibilidad de equilibrio, creación y pertinencia. Ciertamente, en el universo virtual de la red y en el número creciente de actividades y encuentros que llevamos a cabo en línea la apariencia física se diluye, desaparece. Podemos ponernos una corbata para completar nuestro atuendo formal en una videoconferencia y estar prácticamente desnudos a partir del punto en el que la cámara no nos captura. La mensajería, el correo electrónico, la publicación de bitácoras personales, artículos especializados y textos literarios en Internet irán convirtiendo al lenguaje, según la tesis de Grijelmo, en nuestro rostro, en nuestra vestimenta, en nuestro aspecto, y sus registros se ajustarán en consecuencia. Y “cuando [las palabras] constituyan la única manera de mostrarnos ante los demás en un foro con miles de espectadores, su riqueza volverá a adquirir el prestigio que ahora dan las riquezas materiales” (2005:243).

A veces parece que *pasamos por alto* la lengua, cuando en realidad, si se trata de altura, quizás deberíamos *ponerla por encima*. Porque si la miramos, si nos miramos en ella, si reconocemos su

potencial, tendremos que coincidir en que lo que tenemos en la lengua es, más allá de nuestras inadecuaciones naturales de uso, e incluso con ellas y por ellas, una verdadera riqueza. Si retomamos la noción ecológica de la lengua como espacio vital, tenemos que caer en la cuenta de que con ella nos sucede, en cierto modo, lo mismo que nos ocurre con el planeta: nos hacen mover la cabeza los grandes derrames de petróleo y los incendios forestales, pero utilizamos objetos desechables no biodegradables y dejamos basura en lugares no adecuados con el desenfado de quien cree ser el único en hacerlo y por ello está convencido de que eso no tendrá mayor incidencia en nuestro mundo. Del mismo modo, como hablantes, e incluso como hablantes públicos, llegamos a pensar que "no importa" cómo se diga o escriba algo, sin darnos cuenta de que es en esas prácticas mínimos de la cotidianidad –prácticas que nos atañen a todos– en los que el planeta y la lengua pueden desgastarse o recobrase.

¿Qué tenemos en la lengua? Podríamos decir en primer término lo que *tendríamos que tener en, por, para, de o hacia ella*: autoestima, confianza, celo, sentido de pertenencia. Tenemos, o tendríamos que tener, en y por ella, una responsabilidad, precisamente por lo que *tenemos en ella*: un tesoro, el mayor de todos, ése con el que hemos construido nuestra historia, nuestras creaciones, nuestros hallazgos, nuestras tristezas, nuestros sistemas. De allí que el español no sólo sea *urgente*, sino *necesario e importante*, porque es ese tesoro que hace de nosotros lo que somos, y que hará de nosotros lo que nos propongamos ser. En fin: ¿qué tenemos en la lengua? Hacernos esta pregunta nos llevará cada día a un mundo familiar y sorprendente, en el que la atención, la reflexión, el cariño y el vuelo de sus posibilidades nos harán descubrir que, a medida que la hablamos, la escribimos, la construimos, la lengua habla en nosotros: nos habla, nos escribe y nos inscribe en la magia del español de antes, el de hoy y el de siempre.